

2/11/58

Por Juan Pérez o Boris Pasternak

por *Sebastián Salazar Bondy*

Hace una semana el autor de estas líneas expresó su protesta por el crimen que contra la libertad de pensamiento y la dignidad humana se acababa de cometer en la persona y la obra de Boris Pasternak, el poeta soviético galardonado con el Premio Nobel de Literatura, a quien el gobierno comunista acusara, a raíz de dicha recompensa, de traidor, burgués y decadente. Desde el momento en que esa nota fuera escrita a hoy, el abuso ha llegado a extremos inconcebibles, al punto de obligar al escritor a dar marcha atrás en su aceptación del lauro y entonar, bajo la presión brutal de la fuerza, una especie de palinodia. La protesta manifestada el sábado pasado se acrece día a día y, conforme Pasternak sufre la humillación estatal, el atropello se magnifica y la adhesión a los principios que sustentan la libertad de la creación artística se reitera en el corazón de los auténticos hombres libres más y más energicamente. Sin embargo, en una publicación local alguien ha querido empeñar la limpieza de la posición del cronista llamándolo complaciente. El que firma esta nota tiene algo que dejar establecido: su actitud no es la del iracundo profesional, la del crónico epiléptico de la indignación, sino que responde a una plena convicción democrática. Ella, por sólida y vital, no pacta con ninguna clase, grande o pequeña, de dictadura, llámese su víctima Juan Pérez o Boris Pasternak.

El libelista aludido procede como un fariseo cuando señala a este periodista de "aparecer simulando indignación y expresando una protesta ceremoniosa" a propósito del caso Pasternak. Por ejemplo, quisiera, porque así le conviene a él, que el escándalo producido en torno al poeta soviético detonara tanto que hiciera olvidar que el Generalísimo Trujillo hizo desaparecer a Jesús de Galindez y que el Generalísimo Franco ence-

rró en la cárcel a Dionisio Ridruejo, todo ello simplemente porque estos dos dictadores, tan dictadores como los que florecen tras la "cortina de hierro", gobiernan inexplicablemente en el mundo libre. Y quisiera que la explosión reciente hiciera olvidar que los que asesinaron a García Lorca, los que trataron de amordazar a Arthur Miller o a Oppenheimer, los que han expulsado de su país adoptivo a Charles Chaplin, a redopelo son los mejores aliados que, en el mundo occidental, tienen los comunistas. Hasta ese encefalador extremo lleva una pasión patológica que se regocija confundiendo la buena fe del lector en cuanto a la ideología de todos. Para el panfletario que acusa al autor de este artículo de simular indignación y expresar una protesta ceremoniosa por la tropelía cometida con Pasternak, lo normal es coincidir con él en el ataque a todo lo que él odia, verter la espuma de la furia que él vierte —a semejanza de "Pravda", de otra parte—, escribir con los resentimientos acumulados tras muchos años de fracaso, ser un inquisidor empeñado en quemar a todos aquellos que no comparten sus dogmas.

Un demócrata de verdad es otra cosa. El caso Pasternak le revela que la única manera de defender la democracia es sostener sus principios fundamentales en todo terreno, contra la

avalancha totalitaria que nace en Moscú y se cierne sobre el mundo libre y contra los brotes que en el propio mundo libre, como setas venenosas, intentan competir en intolerancia con el totalitarismo marxista. Un demócrata de verdad elevará su voz de protesta inclusive cuando los enemigos de la democracia son agredidos, vejados, silenciados, perseguidos por el hecho de pensar. La fe en la democracia no es una fe religiosa: es una fe racional, que cree en la doctrina y a ella reserva el poder inteligente de vencer, como una sangre sana, a los virus que la afectan. El crimen contra Pasternak es imperdonable, como lo son todos los crímenes que aquí o en Rusia, ayer o en el presente, con un gran poeta como con un simple ciudadano discrepante, se cometen contra el pensamiento.

Una vez más, para evitar la confusión que trata de sembrar la revista aludida, quede aquí expresada la sincera indignación de este cronista por la forma cómo el gobierno soviético, los escritores rusos y la prensa bolchevique han golpeado al indefenso poeta que mereciera el Premio Nobel. Se trata, a la postre, de un episodio más de la antigua y tremenda lucha que la cultura libra contra el obscurantismo, que el individuo libra contra el poder abusivo, que el hombre libra, incansable y heroico, contra la ignorancia y la violencia.